

## LA ÚLTIMA FOTO

Sus manos sostenían el álbum de fotos de la familia de origen. Cada tono del amarillo-sepia correspondía a una década. El viejo cartón con textura de cuero representaba su origen, existencia y misterio.

Piensa que los recuerdos con la memoria terminan siempre en conflicto y lo mejor es recurrir a las fotos para dirimir la contienda y dejar de lado la restauración carpintera del cariño filial.

Para él, sus 67 años los iniciaba con más sentido del humor y una buena dosis de ingenuidad y sorpresa, preciosas habilidades de la imaginación. Su yo interior le avisaba a través de la intuición y había madurado lo suficiente para hacerle caso.

Hace tanto tiempo que no veo el álbum familiar, se dijo. Siempre me ha intrigado el halo seductor de la última foto, comentó mirando al paragüero. Se trataba de la ocasión donde se conocieron sus padres.

La foto mostraba la mesa improvisada en torno al asado del mes en la hacienda Melón, un domingo de sol, de esos que alumbran y no calientan. Ensalada de cebolla con tomate, papas mayo, habas y pebre, todo bajo la atenta mirada de dos torres de vino tinto, una sin su sello lacrado. Y claro, pan amasado, caliente, tiznado como rescoldo.

Él detiene su mirada en la mesa adicional y aseñorada, cuyos tobillos lucen un rosetón de cáñamo que se pierde hacia el canal bordeado de juncos, donde su extremo ahorca las orejas de un saco papero completamente sumergido,

enfriando melones y sandias, invitados del vino blanco y la harina tostada respectivamente.

A las espaldas aparece una corrida de álamos con tobilleras de vincas, a la espera de “los mareados”, tal cual lo cantaba el polaco Goyeneche.

El Melón era la hacienda donde Carlanga, el cuidador, contaba historias para no dormir haciendo gala de sus múltiples habilidades como imitador de sonidos, rondín nocturno especialista en espantar pesadillas y coleccionista de colillas para ver la suerte.

Carlanga aclaró que la historia que contará se la confidencio uno de los difuntos del lugar, los cuales aún caminan buscando donde caerse muertos por penúltima vez a la espera del cementerio para el pueblo.

El rondín, devoto del matico, la ruda y el quillay, confesaba que su hermano mayor lo penaba por el suéter amarillo y el excesivo consuelo que le propiciaba a la viuda.

Los comensales ya satisfechos esperaban la sabrosa historia de Carlanga al calor de un café de higo.

La historia fue contada en la plaza de Hijuelas y obtuvo el primer premio en el “Concurso de Cuentos Comunales”.

Mientras se explayaba Carlanga, los dos perros miraban desde las siemprevivas y los gladiolos, al parecer, al lado de su amo.

El ganador del concurso, introduce el imitador de sonidos, comienza su historia señalando que en la ciudad de Puerto Varas uno de los trece apóstoles, nadie sabe cómo, apareció en un bote, al medio del lago Llanquihue.

La luz flotaba en medio del lago hasta que el viento la trajo a la orilla, en su envoltorio azul original y más atrás de blanco, el apóstol.

El aparecido traía una carta de Jesús, la cual la hacía flamear al aire, como el pacto de paz de Chamberlain el 38 o el papel de los 33.

La gente incrédula, en media luna, atracó el bote, y así, se pudo presentar el pasajero. El viento empezaba a rugir fuerte.

En realidad, éramos 13 los apóstoles, pero por la maldición de los números impares, don Jecho opto por 12, dijo.

Una señora comentó que nunca había escuchado hablar mal del número 3, pero sí del 9, mientras le acercaba unas mandarinas al número 13.

Viendo que los creyentes lo acorralaban con ganas de rechazar la farsa, el apóstol impar advirtió que el sacrificio de Licarayén perderá su hechizo si no se respetaba el mandato de la carta, y la rama del canelo no apaciguará al volcán, así la lleven los cóndores que coronan la nieve, arriba en la cordillera.

La gente se persignó y la señora Adriana dijo que ella sabía que eran 13 porque de 13 en 13 se plantan los canelos.

Me llamo Matías o regalo de Dios y en esta región me pueden nombrar Quitralpi, dijo el 13.

Los vecinos susurraban que, con ese nombre y la maldición de la heroína, ya podían oler el vaho de las fumarolas.

La parsimonia del discípulo enojaba al pueblo. Ahora la gente pedía a gritos que por favor leyera la carta.

Los espectadores del concurso en Hijuelas, empezaron también a gritar que leyera la carta, prácticamente al unísono con la gente que rodeaba el bote, en Puerto Varas.

Los comensales en Nogales escuchaban intranquilos a Carlanga.

El 13, no tuvo más que aceptar la presión de los vecinos del lago, los del concurso y ahora los del asado.

Levantó sus brazos para apaciguar los ánimos con la carta en su mano cuando el chiflón, oriundo del palacio de la quebrada del diablo, le arrebató el papiro dejando a público y vecinos con angustia.

Quitralpi volvió a levantar las manos adormeciendo la impaciencia.

No se preocupen, la conozco de memoria y se las voy a leer, vociferó.

La carta contenía un enigma; “escoge el día y comparte tus fantasmas, permanece puro y no rechaces las llagas del destino, creedle a él”, ósea a mí, agregó el aparecido.

“Quid pro quo” (\*)

Se formaron asambleas para interpretar el enigma con epicentro en Puerto Varas, Hijuelas y ahora Nogales. Los convencionales proponían desde beatificar al

apóstol impar o formar un nuevo partido político que lo llamarían simplemente el trece. Otros propusieron mandar al impar y a la señora de las mandarinas a clases de catecismo.

Mientras sostenía el álbum familiar lo sacudió un escalofrío. No podía creer lo que veía.

O era la memoria recalentada por uso, el trasluz titilante, la imaginación y sus espejos o una succulenta descarga de dopamina que le jugaba una maroma.

Su cuerpo se puso en tensión, aumentó la frecuencia cardíaca, sudoroso, boca seca y pupilas dilatadas frente al retrato.

A la última foto, la del asado donde se conocieron sus padres, en otra sonreían abrazados el apóstol impar, Carlanga, el ganador del premio y el finado testigo con un vistoso chaleco. Al fondo de la imagen dos perros y una figura bastante reconocible, la de él.

Parecía que los personajes retratados cobraron vida y fotografiaron la historia contada por el rondín espantador de pesadillas.

De pronto ya no había trasluz. Las imágenes volvieron a la rigidez de los recuerdos oxidados.

Quedó intrigado con la suerte de los difuntos caminantes y se fue derecho al computador a comprobar si había llegado al pueblo del Melón el cementerio portátil. Aún no.

(\*) una cosa por otra